

CARTAS CAPITULO XVIII

A Ludovico el Moro (1482).

506. Habiendo, ilustrísimo señor, visto y estudiado las experiencias de todos aquellos que pretenden ser maestros en el arte de inventar máquinas de guerra y habiendo constatado que sus máquinas en nada difieren de las usadas comúnmente, me aplicaré, sin proponerme inferir ofensa a ninguno de ellos, a revelar a Vuestra Excelencia ciertos secretos que me son propios, brevemente enumerados aquí:

1. Tengo el medio de construir puentes muy livianos y fáciles de transportar, para la persecución del enemigo en fuga; otros más sólidos que resisten al fuego y al asalto y también muy fáciles de colocar y de retirar. Conozco también los medios para quemar y destruir los puentes del enemigo.



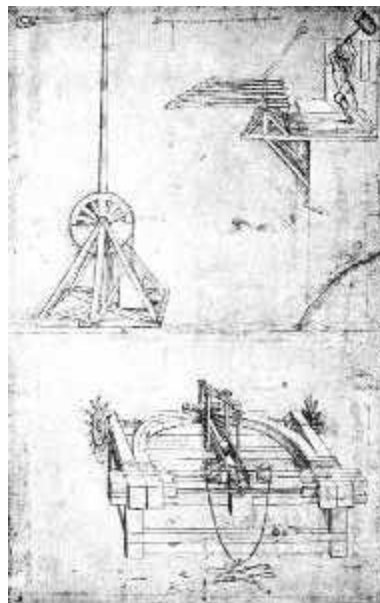
El Condotiero. Dibujo a punta de plata y tiza. Museo Británico, Londres

2. En el caso de poner sitio a una plaza fuerte, conozco cómo extraer el agua de los fosos y hacer escaleras de escalamiento y otros instrumentos de asalto.
3. Item: si por su elevación o su fuerza, la plaza no puede ser bombardeada, tengo un medio de minar cualquier fortaleza cuyos cimientos no sean de piedra.
4. Puedo construir un cañón fácil de transportar que lanza materiales inflamables, causando gran estrago al propio tiempo que gran terror por el humo.
5. Item: por medio de pasajes subterráneos, estrechos y tortuosos, cavados sin ruido, puedo hacer pasar un camino por debajo de los fosos o de un río.
6. Item: puedo construir vehículos cubiertos e indestructibles, llevando artillería y que rompiendo las filas enemigas destruiría las tropas más sólidas; la infantería podría seguirlos sin dificultad.
7. Puedo construir cañones, morteros, aparatos para lanzar fuego, de forma práctica y hermosa, y diferentes de los que se usan.
8. Allí donde no se puede uno servir del cañón, puedo reemplazarlo con las catapultas y máquinas de lanzar dardos de una eficacia asombrosa, y desconocidas hasta hoy; en fin, cualquiera que sea el caso puedo encontrar procedimientos infinitos para el ataque.



La gran ballesta con cureña de ruedas inclinadas. Códice Atlántico, folio 53 verso a,b

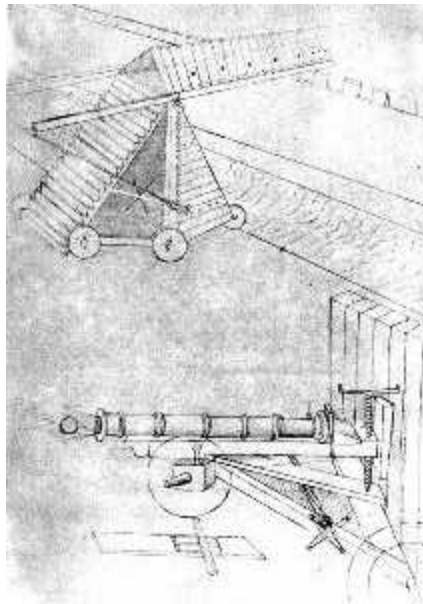
9. Si se trata de un combate naval, tengo numerosas máquinas del más grande poder tanto para el ataque como para la defensa, navíos que resisten al fuego más vivo, pólvoras y gases.



Máquinas bélicas. Códice Atlántico, folio 166

10. En tiempo de paz creo que puedo igualar a cualquiera en la arquitectura, construir monumentos privados y públicos y conducir el agua de un lugar a otro. Puedo ejecutar esculturas en mármol, bronce, terracota. En pintura, puedo hacer todo lo que otro haga, cualquiera que pueda ser. Por otra parte, me comprometo a ejecutar el caballo de bronce a la memoria de vuestro padre y de la muy ilustre casa de Sforza.

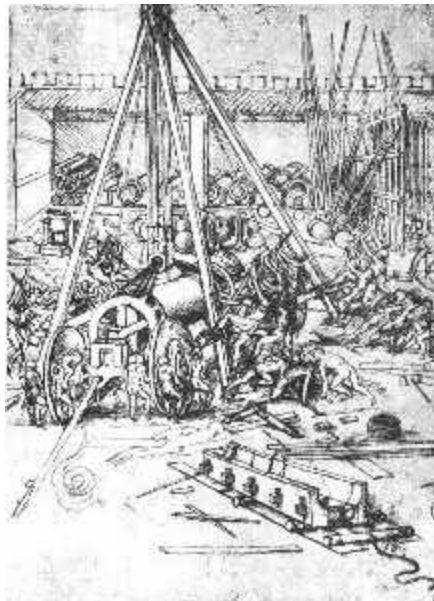
Y si alguna de las cosas arriba enumeradas os pareciera imposible o impracticable, os ofrezco hacer el ensayo en vuestro parque o en cualquier otra plaza que a Vuestra Excelencia le plazca, a la que yo me recomiendo con toda humildad. (C. A.).



Proyecto de una torre de asalto y cañón. Códice Atlántico, folio 42

Carta a Hipólito d'Este.

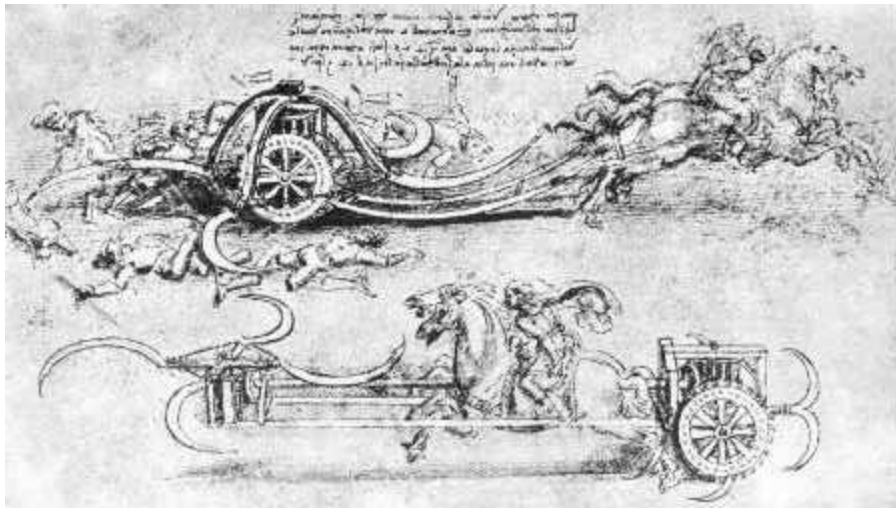
507. Al ilustrísimo y reverendo señor Hipólito, cardenal d'Este, mi venerabilísimo señor, en Ferrara.



Dibujo de una fundición de cañones. Biblioteca Real. Castillo de Windsor

Ilustrísimo y reverendísimo señor:

Hace pocos días que he llegado a Milán y encontrando aquí que un hermano mío se niega a cumplir el testamento hecho por mi padre, hace tres años, en la época de su muerte, yo no he querido, aunque el buen derecho esté de mi lado, y a fin de no faltarme a mí mismo en una cosa a la cual yo le atribuyo importancia, omitir de pedir a Vuestra reverenda Señoría, una carta de recomendación y de protección para el señor Rafael Girolami, que es actualmente uno de nuestros altísimos y poderosos señores ante los cuales está pendiente este asunto, y, además, otra particularmente encargada por su Excelencia al gonfaloniero de la dicha causa que debe ser decidida y terminada para la fiesta de Pascua.



Carros de Asalto, Biblioteca real, Turín

Esta es la razón, Monseñor, por la que ruego con todas mis fuerzas a Vuestra reverenda Señoría de escribir una carta, aquí, al mencionado señor Rafael, con el modo hábil y afectuoso que ella sabrá tan bien hallar para recomendarle a Leonardo Vincio, apasionadísimo servidor de Vuestra Señoría, como soy y pretendo serlo siempre, rogándole no solamente el hacerme justicia, sino de acordarme una decisión favorable; y no dudo que, según los numerosos informes que me han hecho, que el señor Rafael, estando lleno de afección por Vuestra Señoría, las cosas se encauzarán según nuestros deseos, cosa que atribuiré a la carta de Vuestra reverenda Señoría, a la que presento de nuevo mis respetos. *Et bene valeat.*

Florencio, el 18 de septiembre de 1507.

LEONARDUS VINCIUS, PICTOR.

Borrador de una carta a Ludovico el Moro (1499).

508. Mi arte, quiero cambiarlo ... Que me sea dado algún vestido, una pequeña suma de dinero, si me atrevo ... Señor, sabiendo que el espíritu de Vuestra Excelencia está ocupado. . Para recordar a Vuestra Señoría mis pequeños asuntos y las artes caídas en olvido... Mi vida a vuestro servicio... Del caballo nada diré, pues conozco lo que son estos tiempos... Me falta recibir mi salario de dos años... Con dos maestros que trabajaron ocupados a mi costa... Las obras gloriosas, por medio de las cuales yo podría mostrar a los que vendrán después de nosotros, lo que yo fui.

Nota sobre la cubierta del manuscrito (1499).

509. Edificios de Bramante. Visconti arrojado en prisión, su hijo muerto. Gian della Rosa, despojado de su dinero. Borgonzo empezó, luego no quiso, y sin embargo la fortuna se le escapó; el duque ha perdido su Estado, sus bienes, su libertad y nada de lo que emprendió ha sido concluido por él.



Estudio para las máquinas de volar. Códice Atlántico, folio 828

Fragmento a Ludovico el Moro.

510. Diez ciudades, cinco mil casas con treinta mil habitantes, y dispersaréis esta multitud de gentes que, a semejanza de las cabras, están unas encima de otras, llenándolo todo de fetidez y diseminando los gérmenes de las pestes y de la muerte. (C. A. 197, v.).



Estudio del vuelo de los pájaros. Códice Atlántico, folio 10

Fragmento de una carta a Julián de Medicis, hacia 1514.

51 I. Me siento tan feliz, mi ilustrísimo señor, del restablecimiento tan deseado de vuestra salud que mi mal me ha abandonado, por así decirlo.

Pero me he atormentado de no haber podido satisfacer los deberes de Vuestra Excelencia a causa de la malignidad de ese mentiroso alemán por quien he hecho todo lo posible a fin de resultarle grato.

En seguida lo invité a habitar y vivir conmigo, para obligarlo así a continuar su trabajo y a corregirlo más fácilmente de sus errores y además le he enseñado el italiano para que pueda hablar sin intérprete; en fin, su salario nunca le fue pagado con atraso. Después, su idea fija fue la de disponer de modelos terminados en madera, como debían ser en hierro, para llevárselos a su país. Yo me negué, diciéndole que le daría en dibujo el largo, ancho y espesor y la figura de lo que él debía hacer: y desde entonces estuvimos en malos términos.

La segunda cosa fue que él se hizo otro taller con instalaciones e instrumentos y allí dormía o trabajaba para otros; después se iba a cenar con los suizos de la guardia, gente ociosa y que por ello andaba muy bien con nuestro hombre. Y más de una vez él se iba con dos o tres de esos, y con sus fusiles tiraban a los pájaros, en los antiguos monumentos, y eso a veces duraba hasta la noche.

Y si le mandaba a Lorenzo para rogarle que trabajara, se enojaba diciendo que no quería tantos jefes sobre su cabeza y que su trabajo era para el guardarropa de su Excelencia.

Dos meses pasaron así, y después, encontrando a Gian Niccola en el guardarropa, pregunté si el alemán había terminado su trabajo para el Magnífico, y él me dijo que no, que solamente le había limpiado dos fusiles.

Después lo hago amonestar, y él abandona su taller y pierde su tiempo en montar otro establecimiento y en hacer limas y otros instrumentos para fabricar aparatos para torcer la seda, que ocultaba con mil blasfemias y recriminaciones cuando alguna de mis gentes entraba, de tal manera que nadie quiso ir más allí.

Al fin comprendí lo que era, en suma, este maestro Juan de los Espejos. Todo esto lo hizo por dos razones: la primera porque creyó que mi llegada le había privado de la relación con Su Señoría. La otra es que la habitación de estos hombres, pretende que la necesita para fabricar espejos, de esto no hay demostración, salvo un acto de enemistad.

Ha hecho vender todo lo que tenía y trabaja en su taller con muchos obreros para enviar numerosos espejos a las ferias. (C. A. 243, v.).